

de copas, farolillos y mucho *marcarse*. En el campo, una especie de recato obliga á buscar la complicidad de los santos y santas de la corte celestial, y la haraganería se disfraza de devoción. No bastan los domingos ni las fiestas de guardar prescritas por la Iglesia: se inventan otras, y no le digáis al campesino que en semejantes fiestas por él mismo decretadas unza al carro la pareja de bueyes, ni dé un azadonazo. ¡Más pronto trabajará el domingo! Las fiestas suelen durar — en estos meses en que la agricultura exige tanta asiduidad — cuatro ó cinco días seguidos, y ya el viernes y el sábado — rendida la gente del bailoteo, floja para la labor — se incorporan al resto de la semana, disipada en *gaudeamus*.

* *

Nadie deduzca de mis palabras que los pobres están divinamente y que, por las señas, se les puede todavía recargar la contribución un poquito, siquiera un diez por ciento, en los presupuestos inmediatos. Los pobres están muy mal, como está muy mal la nación en conjunto. Precisamente, si algo revelan estas diversiones que los venerables obispos pierden el tiempo en condenar, es el malestar profundo, la decadencia tal vez irremisible de una nación. Dime qué te divierte, y te diré quién eres.

Ese labriego que desperdicia, de los 365 días del año, cerca de la mitad en fiestas donde se le calientan los cascos y reparte palos y dice y hace otras cosas *non sanctas*, come á diario unas berzas sin grasa y una corteza mohosa de pan de maíz; duerme confundido con los animales, y sus niños patullan descalzos. Ese artesano de la corte que no pierde verbena ni corrida de toros, que estira los Carnavales hasta la Piñata y la Navidad hasta mediados de enero, habita un zaquizamí sin aire respirable, se mantiene con judías y gallineja, trasuda inmundicia y su boca es una sentina de groserías insolentes. Esa familia tenida por rica, que gira en el torbellino de las distracciones, ha carecido siempre de dinero para alargarse dos estaciones más allá de San Juan de Luz, para asomarse á Europa, para dar á sus hijos é hijas completa educación, para el baño cotidiano, para adquirir libros, para consultar y atender en serio verdaderas enfermedades, para poseer un jardín donde se espacie el ánimo y se robustezca el cuerpo, para adquirir una obra de arte, para todo lo que es cultura humana y ornato delicado de la existencia...

Si se les recarga la contribución, no por eso veréis disminuir esos regodeos huecos ó perjudiciales; no se apagará un farolillo, no enmudecerá un organillo, no quedará desocupado un asiento en la plaza ni en el teatro. Lo que sucederá es que el labriego acortará la ya mísera ración, que el artesano buscará un tabuco todavía más obscuro y angosto, que la familia suprimirá un principio de la mesa y despedirá al profesor de dibujo ó de inglés..., y que todos lo pasarán peor, y serán más desgraciados, más sucios, más escrofulosos, más ignorantes, resultando de esta pérdida individual la pérdida colectiva, el *menos valor* — como diría Herberto Spéncer — para la nación española.

* *

Alguien ha sostenido, no sin razón á mi ver, que esta fiebre de diversiones que en tan impropios momentos parece haberle entrado á España, no es brutal indiferencia, sino desesperado escepticismo. Hay circunstancias que obligan á echarse el alma á la espalda, y la cuenta del perdido, y como diría Sancho, todo á doce, aunque no se venda...

De una parte, el convencimiento de que el esfuerzo es estéril y vana la intención; de otra, el afán de aturdirse y olvidar humillaciones candentes aún en las mejillas; de otra, las amenazas del porvenir, más obscuro después de la paz que antes; porvenir que horripila mirar frente á frente, pueden explicar la actitud en que nos hemos colocado y en que se colocaron también ciertas naciones en horas no menos críticas: Bizancio, por ejemplo. Es imposible que esta misma España, en distintas condiciones que las actuales, no recapacitase, no sintiese, no llorase, no tuviese una de esas crisis de dolor que redimen y dignifican...

Estamos enfermos, estamos infestados; padecemos invasión de esos entes que Alejandro Dumas, hijo, describió á maravilla en *La Extranjera*, bajo el nombre de *vibriones*. «Son — dice — vegetales nacidos de la corrupción parcial de los cuerpos, que hasta hoy se tomaron por animales, á causa del movimiento ondulatorio que les es peculiar. Su función consiste en corromper, disolver y destruir las partes todavía sanas del organismo. Son los obreros de la

muerte. Las sociedades son organismos también, que se descomponen en ciertos aspectos y en momentos dados, y producen vibriones con forma humana, que parecen seres animados sin serlo, y que hacen inconscientemente cuanto pueden por corromper, disolver y destruir el resto del cuerpo social. Por fortuna la naturaleza no quiere muerte, sino vida: resiste á los agentes de la destrucción y vuelve contra ellos mismos los principios morbosos que contienen...» De estos vibriones tenemos á millares hoy: el vibrion social, que sólo piensa en reirse y en que se ría el mundo entero; el vibrion político, que sigue dando vueltas á la desvencijada maquinaria electoral, como si no existiese cosa mejor que hacer; el vibrion pseudo-patriota, que se agita para disfrazar y encubrir lo sucedido, como si fuese algún secreto; el vibrion aprovechado, que busca manera de calentarse y asar sus castañas en la hoguera que nos devora...

* *

Ya que he citado á un moralista como Dumas hijo, espigaré en sus obras otro párrafo enteramente aplicable á nuestra situación actual. «¡Cuidado! — dice á sus compatriotas en la apología de su drama *La mujer de Claudio*. — Atravesamos tiempos difíciles, acabamos de pagar caros — y aun seguiremos pagándolos — nuestros últimos errores: no es hora de ser libertinos, escépticos, ligeros, bromistas; por algún tiempo siquiera, seamos graves. Dios, la patria, la familia, el trabajo, el hijo..., cosas serias, muy serias, surgen ante nosotros. ¡O todo eso vive, ó morimos! Recojamos estos elementos de eternidad, y hagamos de ellos nuestra comunión y nuestra conciencia... ¡Si no...! El extranjero que nos ha vencido quiere rematarnos y nos acecha y ronda; el genio maléfico que nos ha seducido y pervertido se queda á nuestro lado, amenazador; el hijo con quien contamos y en quien nuestro espíritu ha de revivir, la generación que ha de darnos el desquite, vacila entre el trabajo y el goce, entre el ideal y la pasión; seamos cautos, morigerados, resueltos, implacables: cualquiera que sea la tentación que pretenda desviarnos del camino, rechacémosla; cualquiera que sea el obstáculo que se eleve contra nosotros, suprimámoslo: de otro modo, seremos raídos de la lista de los vivientes.» ¡Cómo se reirán, al leer este párrafo, los *vibriones* nacionales que ahora mismo, sin asomos de pudor, á dos pasos del sitio en que caen como moscas las víctimas repatriadas de la guerra, alzan la copa llena de espumoso champagne y redondean el brazo para ceñir el talle de las damiselas y arrastrarlas á una vuelta de vals — vals que en tales circunstancias recuerda más que nunca la ironía fúnebre de la danza de la muerte! — Mi pluma se niega á indicar siquiera dónde están esos vibriones...

* *

No cabe duda, la razón asiste á los venerables obispos, el patriotismo habla por su boca; las frases de sus pastorales vienen á decir lo que decía Dumas á los franceses — y nadie extraña la analogía, porque la moral y el decoro son un campo cerrado en que, vengase de donde se venga, es muy fácil acercarse y hasta tropezar. — Dios, la patria, la educación, las profesiones, el ejército, la marina, la política, son cosas serias, muy serias..., y las desgracias de un pueblo sólo obtienen respeto cuando ni las merece ni las sufre en silencio amodorrado ó, lo que es peor, en estúpido acceso de insano regocijo...

Pero, lo repito, de los venerables obispos nadie hace caso cuando tocan á privarse del holgorio. Una de las cosas que más bastardean los países cuando por la pendiente de la fatalidad son conducidos á la decadencia, es la religión. Al par que se desarrolla y cultiva una intransigencia medrosa y pueril, se pierde aquel sentido robusto y amplio de la fe que unía la idea de la patria con la idea de Dios, y hacía del altar foco sagrado del fuego heroico.

Las sensatas advertencias de los obispos adquieren doble fuerza ante el espectáculo que hemos presenciado estos días, el desfile de moribundos y muertos conducidos en camillas desde el vapor *Alicante* hasta el Lazareto. Digo *muertos*, porque muchos que salieron vivos del barco eran cadáveres antes de tocar la tierra. Oigo que *cuarenta y ocho* espiraron en tan corto trecho... ¡Cuarenta y ocho! Obscuras víctimas que cayeron al primer soplo del aire de la tierra natal... Obispos españoles y patriotas, bajad la cabeza cubierta de canas, postrados, rezad, pedid por nosotros... La oración alivia, y Dios no será sordo, como los hombres de endurecido corazón.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS OBISPOS

No hay día que no confirme la aseveración de que España es un país singular y al cual no se le atan cabos. No hace un año caían un ministro y un Gabinete y un partido y una política entera, porque se litigaba entre el Estado y un obispo la posesión de los predios de un santuario. Caso tal parece más propio de las épocas de fe exaltada que de nuestro siglo XIX. Pero aquí está el reverso de la medalla. No un obispo, varios obispos toman hoy la palabra y en sendas pastorales reprueban el exceso de diversiones y el furor de regocijos y zambras que contrasta con el abatimiento de la patria infeliz. Esto, que recibe mayor autoridad por decirlo un obispo, sería verdad aunque lo dijese Juan Peranzules. Pues bien: España, la católica España, oye á sus obispos como quien oye llover, y sigue jaleándose, con febril animación de tísico que valsa, antes de acabar de echar el pulmón por la boca.

Sería injusto, injustísimo, atribuir sólo á las clases pudientes y aristocráticas este vértigo de la «danza macabra ó danza de la muerte» española... En España, tocante á danzas, *no hay clases*. Tan alto sueñan los pianos de manubrio, los organillos y las murgas villanescas, como los violines del cotillón *smart*. Al país entero se le puede cantar en tono de bajo profundo aquel estribillo piadoso:

Jóvenes que estáis bailando,
al infierno vais saltando...

* *

No hay tema tan socorrido y lucido como el de presentar las virtudes del pueblo en contraste con los vicios de los ricos; pero aquí, donde existe tan poca gente que con propiedad deba llamarse rica, siendo lo general un mediano y corto pasar, y donde ni por la instrucción descuellan extraordinariamente los acomodados sobre los pobres, difícilmente cabría encontrar gran diferencia de nivel moral, y si tal diferencia existiese, ya se habrían verificado cambios trascendentales en el país. El pueblo — por lo menos el que yo veo de cerca, la población *urbana* (!) de Madrid y la población rural de mi aldea — demuestra la misma repugnancia á la actividad y al trabajo, igual anhelo de excitaciones malsanas, igual afición á lo que sólo definiremos expresivamente con el nombre de *juerga*. En Madrid no necesitan pretextos para festejar á San Lunes: se toman el asueto porque sí, y empalman la broma de una semana con la broma de la semana siguiente, entre teatrillos por horas, Viveros, Ventas del Espíritu Santo, rondas

Ahora q
ellas debe
tera, colga
ellos se pu
parece fav
produjeron
des orador
renegar de
los atribuy
la patria;
discursos,
políticos c
de bueyes
la gratitud
les, al fin
conviene
todo la ve
troversias
Yo sostene
público q
so, más il
capaz de
de los ora
del audit

Todos
dores gu
para qué
la tribuna
alcanzad
de un ar
tenes; y
ciceronía
conoció
años de
co. Desc
las Corte
discurso
ción, sin
prensivo
sursum
de las p
cursos i
ideas y
en las C
El tal
con las
la políti
problem
rios los
res y los
bien gen
el porve
yen tod